

# Suma de Venezuela

MARIANO PICÓN SALAS

## **LOS ANDES PACÍFICOS\***

### *Contrastes geo-psíquicos*

En los últimos años el automóvil y el avión, acercando las gentes, han disminuido los contrastes psicológicos que se advertían entre los pueblos andinos, y entre éstos y el resto de la República. El más visible de los antagonismos —dentro de la misma zona cordillerana— era el que puede llamarse geo-psíquico entre los habitantes de los valles y vegas calientes y los de las empinadas altiplanicies, como se ejemplarizaba en las diferencias entre una villa bulliciosa, mercantil, igualitaria y extrovertida como Valera y otras de ceño más taciturno y jerárquico como Mérida, La Grita o Boconó. A medida que se ascendía en metros de altitud y se remontaba el curso de los ríos torrentosos, el alma montañesa parecía tornarse más conservadora y tradicionalista; regresábamos a estilos de vida, ética, recato y cortesía que se escenificaron en el siglo XVII español. Al caliente paisaje del cacao, de las vegas de caña, al sombreado y fresco del café y a la gélida paramera del frailejón, correspondían también psiques y actitudes distintas.

Como los primeros pobladores hispanos que huían de tan largas aventuras en el arcabuco tropical, prefirieron asentarse en lugares frescos y propicios al cultivo del trigo y de las frutas europeas, a la llamada tierra fría o templada de la zona andina se asoció un estilo histórico más patinado y venerable que el de las poblaciones de tierra baja, surgidas y desarrolladas en el siglo XIX como centros de tráfico hacia el Lago o sitios de acceso a las tres únicas y

---

\* Con el título de “Vida y trabajo en Los Andes” fue publicado por primera vez en *El Nacional*, Caracas, 3 de agosto de 1953 (p. 58).

pobres vías férreas que se quedaron orillando la periferia lacustre: el ferrocarril de Motatán a La Ceiba, el de los Cañitos a El Vigía, el ferrocarril del Táchira. Del camino al Lago, que era también el del mar y el del forastero mundo cosmopolita, brotaron poblaciones como la dinámica Valera, en el Estado Trujillo, y Colón, en el estado Táchira. Eran las postreras etapas de los largos y despaciosos arreos de mulas que por cuentas y páramos conducían a Mérida, Tovar y San Cristóbal los víveres, las telas, los implementos agrícolas, el alambre de púas para cercar las propiedades, las drogas y las cervezas foráneas. A espaldas del baqueano caminador se acarreaman también los pesados órganos de las iglesias, los pianos para las señoritas de la sociedad y las primeras plantas eléctricas. El transporte de un piano desde Maracaibo hasta Mérida por la primitiva costa lacustre de El Vigía resultaba más caro que el instrumento mismo, y se elevaba a veces hasta trescientos pesos. Mientras en las villas nuevas y más próximas a los caminos de salida se albergó una sociedad más cambiante y dinámica, en otras, como Mérida, La Grita y Trujillo, se siguió viviendo una existencia más formalista y jerárquica que prolongaba en nuestra serranía el mundo ceremonioso y cerrado de la España de los Austrias. Centros de vieja cultura eclesiástica y conventual, la iglesia frecuentemente configuraba y absorbía allí —a pesar de todas las reformas republicanas— instituciones que eran más del orden civil que del religioso. Los juristas de Mérida en pleno siglo XIX sostuvieron, con los obispos Unda, Bosset y Lovera, polémicas sobre fueros, diezmos o jerarquía eclesiástica que recordaban las de los regalistas españoles en el siglo XVIII. Y la Curia emeritense —como en la Edad Media— sometió a solemne excomunión y entredicho allá por 1913 a un ilustre catedrático de la Universidad, firmante de ciertos papeles heréticos. En tan hermosas montañas parecía vivirse para el segado cultivo de la tierra en haciendas que jamás enriquecían; para ganar el cielo y alegar en los tribunales haciendo todavía citas del viejísimo tratado de *Derecho Español* de Sala y del venerable *Derecho Canónico*. No era extraño que muchos de los doctores de la Universidad quisieran lucir, por eso, justo a la

púrpura del Derecho Civil, la cinta morada de la Divina Teología. Y a los lectores curiosos que podían traducir el latín de los canónicos, el *Boletín Diocesano* servía cada mes los más enrevesados casos de la teología moral. En Mérida nos instruían latamente de las asechanzas del pecado, antes que de los gozosos bienes de la vida.

A los contrastes geopsíquicos, determinados por el clima y el *habitat* humano, se unían ciertas diferencias de formación histórica. Hasta 1777 la jurisdicción del Virreinato de Nueva Granada se extendía por los actuales Estados Táchira y Mérida hasta la región de Timotes. Trujillo entraba, en cambio, en el gobierno de Caracas. Y así pugnaron en los Andes desde temprano dos grandes influencias culturales: la que seguía el camino Bogotá-Tunja-Pamplona-La Grita-Mérida y la que desde la costa caribe, pasando por El Tocuyo y Carora, llegaba a las primeras “cuchillas” trujillanas. Aun el observador que mire más allá del camino real, observaría en comidas, fiestas, supersticiones o trabajo artesanal la coexistencia o el choque de estas dos corrientes históricas. Pero el desarrollo y rapidez de las vías de comunicación unifican cada vez más, dentro de una estricta homogeneidad venezolana, los contrastes y antagonismos. Un habitante de Valera, por ejemplo, ya no siente tanto su diferenciación de las gentes de la tierra fría porque en poco más de veinte minutos de autobús sube hasta la fresca explanada de Escuque o al boscoso y húmedo paraíso de La Puerta, como otro de Mérida descubre el trópico en toda su abrasada opulencia descendiendo en una hora a las antes terríficas laderas que caen a las vegas de Estanques y al bajo Chama.

Dentro de la unidad andina hay que atender, sin embargo, a la regional tipología de los tres Estados. El Trujillo, de tan legendaria tradición guerrera, tan quisquilloso y castellano en su vieja ética caballeresca del honor, es diverso de la Mérida universitaria, parsimoniosamente conservadora y más irónica que violenta, y del Táchira nuevo, progresista y emprendedor, con gran sentido pragmático. Irónicamente un merideño que acompañó a otros andinos en expediciones y aventuras políticas por toda la República,

definía de este modo la actitud de las gentes de la Cordillera ante el concreto hecho económico. “Los trujillanos —me decía— prosperan, si hay; los tachirenses, haya o no haya; y los merideños no prosperan, haya o no haya”. Con el fatalismo de mi paisano y a fuero de buen merideño, me satisface pronto con mi destino de inferioridad económica que nos asigna tan graciosa máxima.

### *La cultura que no está en los libros*

Porque hasta comienzos de este siglo los Andes tuvieron una vida relativamente autónoma y comunicada con el mundo exterior más por el lago de Maracaibo que por el litoral del centro del país, venezolanos de otras partes, cuando vieron insurgir las montoneras de Cipriano Castro que de modo tan fulgurante ocuparon el Capitolio, atribuyeron a los andinos una serie de mitos y prejuicios. Se habían ya olvidado los orientales de Monagas y los corianos de Falcón, y tocaba a las gentes de la montaña su turno en el reparto y la ofensiva caudillesca. A la zaga de los caudillos venían también bachilleres, letrados o candidatos a funcionarios públicos. Como ocurre en todas las revoluciones, se habían quedado en casa las gentes que tenían algo que guardar y no querían exponerlo a los azares y precipitación de la guerra. También en los Andes —como en todas partes— había castristas y anticastristas, gomecistas y antigomecistas. Pero la imagen del andino belicoso, que peleó en Tocuyito y usufructuó pueblos como Jefe Civil, opacaba la de multitud de montañeses pacíficos —inmunes a toda excitación política— que permanecieron adheridos a su pegujal. Para muchos compatriotas distantes, los “andinos” venían a descubrir la cultura en Caracas, ignorando no sólo los 143 años que ya tiene la Universidad de Mérida, sino la más añosa tradición colonial de los colegios de Mérida, La Grita y Trujillo. Se sabe mucho de los guerreros de Tononó y de La Mocotí, pero muy poco de un Canónigo Uzcátegui que ofrecía al Rey de España a fines del siglo XVIII todo su peculio personal para que le permitiese crear en los alrededores de Mérida una de las primeras escuelas de “oficios útiles”

que debían fundarse en los dominios españoles. Y música, bibliotecas, periódicos y libros impresos había en los Andes muchísimos decenios antes de que los andinos de Castro descubriesen el Capitolio. A fines de la Colonia ya hubo gentes que llevaban a la montaña —como el legendario Obispo Torrijos— aparatos de física y química y muy profanos libros de lo que entonces se llamaba “Filosofía Natural”. Y no es de gentes incultas, sino de teólogos y juristas, la vivaz dialéctica que exponen los patriotas merideños al adherirse a la Junta de Caracas y clamar por la independencia en septiembre de 1810. Después, en la Mérida de hace más de un siglo, Miguel María Caudales podía enseñar a sus alumnos en su propio y muy novedoso texto de Gramática Latina; Juan de Dios Picón alegar liberalísimamente contra el fuero militar y eclesiástico y escribir sobre estadística, geografía y planes de industria y educación para su provincia; el Maestro José María Osorio instrumentar una ópera, y doña Berenice Briceño, en gentil acceso de frenesí romántico, componer una tragedia que quería emular con Zorrilla y el Duque de Rivas y que se llamaba *La flor de cabiorá*. Había representaciones dramáticas de aficionados, tertulias con música y poesía, solemnes colaciones de grado, picaras “ensaladillas” y epigramas de los estudiantes, vida espiritual que se abrió paso a pesar del soledoso hermetismo montañés. (En visitantes y viajeros de nota, como el colombiano Laverde Amaya, autor de un pintoresco libro de viajes por nuestra cordillera, y la francesa Madame de Roncajolo, se hace justicia a la buena sociabilidad y cultura de aquellas provincias en las décadas del 70 al 80. Y en la *Geografía universal* de Eliseo Reclus hay una encantadora página dedicada al penseroso sosiego de Mérida).

Cultura provinciana, sin duda; de mucho madrugar, andar a caballo por la posesión agrícola y sentarse a leer reposadamente junto a los corredores de la hacienda, festoneada de albricias. Porque los caminos eran malos y todo no podía traerse de las costas a lomo de mula, la inventiva autóctona debía sustituir frecuentemente las deficiencias técnicas y los reclamos de la producción. Para el beneficio del café y la elaboración de la harina,

se improvisaban trilladoras, molinos, cilindros y descerezadoras, reemplazando ya la tracción animal por la fuerza hidráulica. Se adaptaba a la rueda Pelton y a las complicadísimas poleas traídas de Estados Unidos algún pesado artillugio mecánico de invención criolla. Esto, hasta que las carreteras y las modernas *caterpillars* ensanchando las montañas, permitieron conducir máquinas de mayor precisión e ingente tonelaje. Enternece, a medio siglo de distancia, la lectura de un periodiquito de tan sabias lecciones agrícolas y económicas y de tan progresiva conciencia industrial como aquel *Paz y trabajo* que dirigió en Ejido el Dr. Julio C. Salas, que pretendía orientar a conuqueros y ganaderos, y en el que pedagógicamente se disertaba sobre semillas, conservación de suelos, abonos, cultivos y pequeñas industrias rurales. Y es que junto a los montañeses agresivos hubo también los pacíficos y sedentarios; los hombres de escuela y granja, los que continuaron una tradición que, iniciada con el enciclopedista Canónigo Uzcátegui, se prolongaba en gentes de tanto ímpetu moderno como un Rafael Salas y el primer Caracciolo Parra en el siglo XIX, y un Diego Febres Cordero —creador del milagro agrícola de Rubio— hasta la segunda década de la presente centuria.

Se mantuvo, asimismo, una tradición de artesanía autóctona que sólo ha venido a dislocarla nuestra modernísima cultura aluvional, de mercancías importadas y de dinero fácil. En los Andes, la casa con su huerta doméstica, su horno para el gran amasijo, su gallinero, sus árboles frutales y hasta sus colmenas de abejas, era una unidad de producción en que las mujeres trabajaban como la Penélope de la *Odisea*. Codazzi enuncia en su vieja *Geografía* las ancestrales manufacturas merideñas de alfombras, cobijas, juguetes pascuales, confites y bocadillos y toda aquella algaraza de objetos nativos que aún en el tiempo de mi infancia se vendían en el rumoroso mercado de Mérida y en los tenduchos y talleres criollísimos de la hoy cambiada Calle de Lora. Se mostraban obras de muy limpia talabartería, empinadas sillas de montar; estribos, polainas y gualdrapas; guruperas y pretales; frenos de muy fino trabajo; rejos para enlazar; cordeles y cabuyas; tripas y cuerdas

para guitarras; violines y requintos de confección aldeana; muñecos para los pesebres y santos de toda índole que acaban de salir, con sus grandes chisguetes de pintura, del beatífico taller de don Aquilino Briceño. Las “donadas” del ya extinto convento de las Monjas Clarisas podían realizar en azúcar, para deleite de un obispo humanista como Monseñor Silva, los símbolos y emblemas del Antiguo y el Nuevo Testamento: el Cordero Pascual, el Buen Pastor llamando a su rebaño, el viñedo de la Eucaristía.

Pueblos de muy concentrada religiosidad, en torno del templo — como en la Edad Media europea — parecía cobijarse la vida comunitaria. Antes que los arquitectos y los ingenieros viniesen a planificar las ciudades, hubo alarifes de muy graciosa invención. Me acuerdo todavía del muy mentado Lisímaco Puente, a quien llamaban en toda la Cordillera el “Constructor de torres” porque, desde las bajas y miserables casas de los hombres, se había disparado con sus duomos de ladrillo y blanca argamasa a la conquista de la eternidad. Supo levantar y rematar a plomada una de las torres gemelas de la Catedral de Mérida que, según decían los mayores, estuvo a punto de convertirse en Torre de Pisa después del terremoto de 1894, y aprendiendo en tan grande estructura, lanzose ya en profesión de torrero magnífico por todas las iglesias de la serranía. Cuando en cualquier pueblo de los tres Estados la junta de damas y caballeros piadosos había reunido los primeros cuatrocientos pesos para reparación o construcción del templo, se llamaba a Lisímaco Puente para que le aderezara su peculiar *campanile*. Había inventado un como estilo románico de su propio magín, potente de llenos y masas de ladrillos, que llega a su clímax artístico en la torre y las cúpulas de la iglesia de Escuque. Este pueblo trujillano quedó tan contento de la buena obra del artífice que en el frontis de la iglesia se recuerda su nombre y se le sigue rememorando como los florentinos al Giotto. Y tras de Lisímaco marchaba siempre, en noble expedición estético-religiosa, el Maestro Antonio Dávila, extraordinario tallador en madera de púlpitos, baldaquinos, altares y confesionarios; el más genial ebanista que acaso hayan conocido los Andes. Todo merideño de las viejas



generaciones, y que se estime, nació en esas camas de muy florido y señorial copete, de recia caoba y muy robustas columnas salomónicas que el maestro Antonio sabía tallar y labrar como un Bernini de la madera.

Y en un paisaje de musgos y frescura navideña, vuelvo a escuchar aquellos “violineros” del longevo y venerable Maestro Deogracias —especie de Orfeo de los campos de Mérida— en las liturgias pascuales; verdadero encantador de bodas, bautizos y pesebres campesinos. “Violineros” —para diferenciarlos de Paganini y Stradivarius— en cuanto sus instrumentos no habían sido fabricados en Cremona sino en los Andes y en cuanto las cuerdas metálicas podían ser sustituidas impunemente —como en el alba de la música— por las tripas de un recental. Pero con su repertorio de villancicos y músicas para las “paraduras” del niño, para las fiestas de Reyes o de la Candelaria, formó escuela y, transmitiendo su primitiva sabiduría a los entusiastas discípulos, fue a morir, como un Pitágoras errante y casi centenario, en una aldea trujillana.

Otros oficios y artesanías andinas; telares indígenas de Mucuchíes, petates y esteras de Lagunillas, muñecos de anime, variada loza del Táchira, eran también la expresión de un pueblo laborioso que tenía que complementar con sus manos lo que no le daban los estrechos conucos. Y un amor de la casa campesina, blancamente encalada de vivo zócalo azul y rosadísimas tejas, que parecían acabadas de salir del horno. Cautelosa economía doméstica que gusta de la comida abundante, de la cama limpia, de la cosecha de cebollas y papas guardadas en la despensa, del altarcito poblado de santos y del patio florido de macetas. Un orden familiar y rural de la vida como no se encontraba paralelo en otras comunidades venezolanas. No se contaba con los Dorados promisorios de la Guayana ni con el dinero más fácil de las poblaciones mercantiles y costeras, y la riqueza —cuando se conseguía— no era sino la suma lenta y heroica de millares de horas de trabajo, de ahorro, de inventiva y cálculo. Si —como todos los venezolanos— los andinos también esparcieron violencia en esta diáspora azarosa que fue la historia del país, debe abonárseles, en cambio,

la positiva virtud de su prudencia vital. No sólo fue andino Juan Vicente Gómez; también lo fueron civilizadores y filántropos, hombres de tan benéfico espíritu creador como el Canónigo Uzcátegui, Monseñor Zerpa, el viejo Parra y Olmedo, Eusebio Baptista, Juan de Dios Picón, José Gregorio Hernández.

### *Problemática de hoy*

Hoy los Andes —acaso con mayor angustia que otras regiones del país— ven en crisis su antigua y sosegada economía natural y requieren adaptarse a nuevos imperativos técnicos y capitalistas. La agricultura de cerros y vallecitos estrechos, arada por la milenaria yunta de bueyes, no puede competir con la mecanizada agricultura de las planicies. La erosión sigue destruyendo las tierras, ahondando calveros y profundas grietas en las que ayer fueron montañas húmedas y boscosas. Ya no basta, para el tranquilo orden de las modestas familias labriegas, asentar los hijos en el trabajo del conuco o sembrando a medias con el latifundista, o haciéndose curas, soldados y funcionarios aquellos que querían dejar la heredad. A hacinarse, perder el buen color y el prudente estilo campesino de vida, marcharon centenares y millares de mozos a los campamentos petroleros del Zulia y Falcón. Cambiaron la mistela y el anisado por el *whisky*, las alpargatas por los mocasines, y leyeron los *Tópicos Shell* sin que eso refluyera para la provincia en verdadero progreso social. A otros, el camión de carga con que van a Caracas, Maracaibo o Puerto Cabello, llevando o trayendo mercancías, los emancipó de la fuerte raíz tribal de la familia y se trocaron en gentes nómadas y escoterías, casi sin querencia en ningún sitio. Hay, detrás de los cerros, blancas aldeas donde predominan las mujeres porque la mayor parte de los hombres partieron en busca de una lejana riqueza. Quizás —y a pesar de la mayor circulación monetaria— hay menor abundancia de víveres y comidas que en aquellos años dorados de la gran producción cafetera, cuando no faltaba en cada casa rural el gran amasijo de morenas acemas, la espesa y nutritiva chicha de maíz (que en

los Andes era alimento más que bebida), las cremosas cuajadas, la amarilla y potente sopa de arvejas maduras sazonada de yuca, plátanos y ají, y la mazamorra y el guarapo caliente para nutrir a los muchachos. La población crece en progresión más alta que los recursos técnicos y económicos, y no es aventurado decir que entre las primeras “cuchillas” andinas del Distrito Carache, por el norte, y el río Táchira, por el sur, habita ya un millón de personas. (Es un territorio dos veces más pequeño que los llanos del Estado Guárico, seis mil kilómetros menor que el despoblado Estado Barinas y la décima parte del Estado Bolívar). La que era existencia sosegada, patriarcal y casi autónoma, con los cánones del siglo XVIII y aun con las formas económicas que prevalecieron en Venezuela hasta 1920, resulta ya dificultosa y problemática ante las exigencias de hoy. La mayor riqueza de los Andes era el vigor y sobriedad de sus gentes y sus hábitos de trabajo, pero esto ya no sirve cuando las tierras comienzan a erosionarse y empobrecerse. Y ¿cómo restablecer los módulos del antiguo trabajo rural en competencia con los altos salarios y la fascinación del petróleo?

Dentro del plan general de Venezuela, quizá se requiere un prospecto de los Andes —considerando los tres Estados como región natural y unidad geográfica— que reforeste y recupere las tierras perdidas, racionalice y modifique los cultivos, incorpore a formas modernas de producción el buen instinto artesanal de las gentes y abra todos los caminos necesarios para la conquista económica de ese *hinterland* que al pie de la serranía forman los llanos barineses y las tierras bajas de la periferia lacustre. Y cuando un gran ferrocarril de penetración se construya —preterido sueño andino de hace más de ochenta años—, las caídas de agua y los blancos chorrerones que se despeñan de los páramos podrán electrificar una industria como la que al pie de los Alpes forjó la grandeza de la Italia del Norte. En esa soñada Venezuela, Mérida y Trujillo serían el Piamonte, y el Táchira la más ancha Lombardía. Próvidas de aguas y con ritmo creciente de población, ciudades como San Cristóbal y Mérida ya no se conforman con su arcaico destino rural; quieren ascender a la moderna tecnología. Con

mejores rutas y organización económica, el capitalismo —que ya comienza a ser henchido— de una metrópoli mercantil como Maracaibo podría volcarse también sobre la región montañesa. Los Andes tienen no sólo frescos paisajes, ríos blancos y lejana corona de nieves perpetuas para reparo y alegría de los turistas, sino esfuerzo humano que —como en toda Venezuela— a veces degeneró en aventura y violencia cuando encontraba obturados los ecuánimes caminos del trabajo pacífico. Y no es cuestión de que cada comarca presente a las otras su lista de agravios y resquemores regionales, sino que todas se identifiquen en la tarea de la patria única.